

En este ambiente secularista

Carlos Díaz

Profesor Titular de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid.
Miembro del Instituto E. Mouier y del Consejo de Redacción de Acontecimiento.

En este ambiente secularista, laicaista fáctico, que afirma retóricamente la autonomía, libertad, responsabilidad y creatividad humanas, pero donde las condiciones sociales en que este cacareo se ejercita favorecen muy por el contrario la dependencia y la manipulación;

en este ambiente secularista donde cien aúlicos en montón no producen un solo talento, donde los intelectuales «K. K.» (*Kaiserlich und Königlich*, imperiales y reales, al decir de Robert Musil en su obra *El hombre sin atributos*), lejos de ejercer la crítica, se especializan en no salir de una subvención y ya haber entrado en otra, pues «los parados del cine, los camastrones del libro, los pícaros de títere, los calaveras del teatro, los macrós de la novela y la poesía, la «infame turba de nocturnas aves» están a que caiga la subvención, al chupito, al amparo, la calderilla y el peseteo barato de la subvención del Ministerio de la cosa. Son la generación de la subvención», (F. Umbral, «La subvención», in *El Mundo*, 56-2-1994);

en este ambiente donde la complejidad y la fragmentación de la vida social conducen a una *pobre socialización* y a una profunda crisis de las instituciones, quedando el espacio público tan vacío como vaciado axiológicamente con el alibí de hacerlo *neutral*;

en este ambiente secularista y *light*, fungible, aconvicto, insulso, bajo en convicciones, nihilismo sin tragedia, vacío precavido incensantemente contra los entusiasmos desmedidos, donde el pluralismo llega a legitimar extremos de relativismo tontorrón que imposibilitan la existencia de sistemas de significado y valores culturales comunes, por lo que se produce una grave desorientación ética y la desviación hacia actitudes *blandas* con las que acomodarse (pragmatismo, escepticismo) o *duras*, que proporcionan seguridad a cualquier precio (racismo, fundamentalismos, seudomesianismos: la nostalgia por el héroe no se destruye, sólo se transforma);

en este ambiente secularista donde el deber se reduce al ser en favor de la «consagración de la normalidad» y del *ocaso de las ideologías*, según lo cual ya no se aspira a ser mejor, sino a ser normal, anodino, inmunizado, neutralizado, resultando la estadística y el consenso el sustitutivo funcional de la conciencia y quedando reducido el valor a la vigencia social o al urbanismo o a mera regla de urbanidad o a gesto estético o a la racionalización del deseo, una vez borrada la distinción entre lo dado y lo posible, ridiculizada la apelación a cuestiones de principio, transformada la ética en terapia para evitar las aspiraciones desmedidas —nada

demasiado— y lograr el acompasamiento a la inercia del mundo, y extirpada la capacidad de escandalizarse;

en este ambiente secularista que pretende reducir la vida a una comedia, no dramatizar nunca, resignarse a lo malo conocido tras la embriaguez por lo nuevo, y que (continuando el cartesianismo con otros medios, como afirma D. Innerarity) *odia la tragedia*, a la que expulsa como una actriz vieja y mala, olvidando que no puede fracasar quien no se la juega, porque el nivel de decepción es proporcional al alcance de las expectativas, resultando así una curiosa mezcla de amargura y complacencia, de celebración y de lamento a un mismo tiempo;

en este ambiente secularista que proclama por una parte el final de toda aventura humana, el *fatalismo*, el *conformismo* y la inutilidad de cualquier travesía, resolviéndose todo en un «qué le vamos a hacer», «es lo que hay», «uno es como es», y que por otra parte fomenta el *utilitarismo*, para el cual «verdad» es el nombre que damos a lo que nos conviene y «virtud» a la racionalización de la biología en orden a la simple supervivencia; el *pragmatismo* de corte *funcionalista*, para el cual no existen ya asertos apodícticos, sino meramente hipotéticos, gracias al uso de las comillas y los signos de interrogación;

¿A quién vamos
a engañar
si no comenzamos
a ser sinceros
con nosotros mismos,
honrados
con nuestros prójimos
y honestos
para con Dios?

en este ambiente secularista donde la lógica capitalista y consumista conduce a la multiplicación insolidaria de las necesidades, generando nuevas insatisfacciones, donde todo es adulación y puñalada al consumidor, pues si puede darse puñalada sin adulación, no cabe sin embargo adulación sin puñalada;

en este ambiente secularista que refleja una profunda crisis también religiosa, agravada en la familia, en la sociedad, en la vida pública e incluso en la comunidad católica; por la carencia de modelos que superen el desinflamiento;

en este ambiente secularista donde la escolarización, por su parte, no sale del círculo vicioso en que languidece y que se contenta con alimentar sus propias esclerosis, incapacitada como está para abrir brecha;

en este ambiente secularista del gran vacío posmoderno que siguió al gran rechazo de mayo del 68, penúltimo fogonazo del mundo moderno, validando aquel di-

cho de Séneca de que toda necesidad sufre el fastidio de sí misma (*omnis stultitia labora fastidio suo*), ambiente secularista en el cual casi todo lo profundo se ha vuelto ocioso y lo ocioso, profundo, y donde el imperio de la técnica y la racionalidad instrumental imperan, por lo que muchos no creen necesitar el cielo desde el momento en que suben hasta lo alto gracias a rápidos ascensores a los que toman por carro de Elías;

en este ambiente secularista, en que el bienestar y la abundancia hacen brotar el tedio, y el arte de la política ha devenido mera tarea organizativa, aséptica cual simple registro de datos empíricos sin referencias valorativas y desapasionada (haciendo triunfar el gusto positivista de Auguste Comte, el cual se jactaba de haber escrito innumerables páginas de teoría política sin emplear ni una sola vez la palabra «perfección»), habiendo desaparecido la inseguridad militante desde el punto y hora en que la seguridad social garantiza (por el momento, quizá no por mucho tiempo) unos mínimos; resumiéndose toda creencia en la trascendencia con un vago, somnoliento y débilmente deísta «algo habrá»;

en este ambiente secularista, seamos sinceros, donde por término medio (excepciones y minorías aparte) tanto creyentes como incrédulos —unos y otros bajo el signo de una cultura del simulacro— parecemos inclinarnos casi parigualmente hacia Mammona, el dinero de iniquidad, hacia el becerro de oro (un joven jonio aparece en Atenas envuelto en una túnica púrpura con bordes de oro. Le preguntan por su patria y él contesta: «Yo soy rico»), hacia la genitalidad más o menos reivindicada («el amor moderno es una melodía débil con una gran orquestación», afir-

mó Hoffmannstahl) o hacia los placeres y los deseos (olvidando que el placer desea el medio, no el fin), y otro tanto habría que decir al respecto en materia de ocio y tiempo libre, donde la omnipresente televisión se configura como una especie de «sancta sanctorum» doméstico que ocupa el lugar central del lar familiar y a cuya contemplación se dedica la mayor parte de las horas libres de padres e hijos, la telefamilia (*ozio lungo d'homini ignoranti*, que dijera Ariosto);

en este ambiente secularista, del que por aquello tan freudiano del retorno o venganza de lo reprimido, cabría recordar el aserto de Charles Baudelaire, según el cual la vida es aquí un hospital donde cada enfermo vive poseído por el deseo de cambiar de cama, es decir, de pareja, de residencia, de convicción; en este ambiente secularista, en donde «todos los vicios de moda pasan por virtudes» (Molière);

en este ambiente secularista, donde tantas cosas se edulcoran y donde, por remitirnos a un solo ejemplo, la Navidad sirve de mera ocasión para sustituir la experiencia fuerte de la fe por gratificaciones baratas e inmediatas, por el milagro y por los dulces del turrón y el 28 de diciembre (fecha de la matanza de los inocentes) se pervierte bajo la especie de las inocentadas;

en este ambiente, en fin, en el cual hacerse el listo es de tontos y donde el mentiroso tendrá que decir cien verdades para que le acepten una sola mentira, ¿a quién vamos a engañar si no comenzamos a ser sinceros con nosotros mismos, honrados con nuestros prójimos y honestos para con Dios?, ¿cómo no asumir que la primera «pastoral de alejados» tiene que comenzar por nosotros mismos? **A**